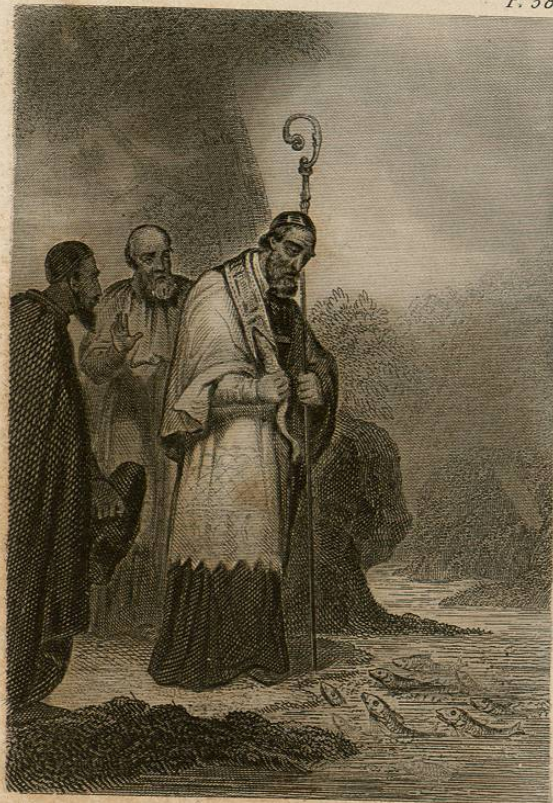


ras, dice el autor del libro de la Imitacion de Cristo, cuanta violencia te hicieres.

SAN PEDRO, OBISPO DE OSMA.

Cuanto mayor y mas recomendable ha sido el mérito de aquellos grandes varones que destinó Dios para ornamento de su Iglesia, tanto mayor ha sido el descuido de los hombres en trasladar á la posteridad sus grandes acciones y aquellas menudas circunstancias de su vida, que no solo sirven de instruccion á los fieles, sino tambien á la piedad de sumo consuelo. Uno de estos grandes hombres fué san Pedro, obispo de Osma, del cual muchas circunstancias de su vida están en disputa. Sin embargo, se sabe lo necesario para comprender el gran cúmulo de gracias que en él depositó la divina misericordia, y para reconocer en él un ejemplar perfecto de la vida cristiana, con el cual debemos conformar nuestras acciones, que es el fin de esta espiritual leyenda.

En la provincia de Berri, y en el lugar de Bourges, nació san Pedro por los años de 1040, poco mas ó menos. Sus padres Guillelmo y Meimira eran, segun se cree, igualmente nobles por la ilustre ascendencia de su linaje, que por la piedad y santidad de sus costumbres. Estas dos cualidades se ayudaban mutuamente en la crianza de Pedro y en la formacion de su orazon. Infundían en este ideas de generosidad, pero sin altanería, haciéndole conocer su nobleza sin ensoberbecerle; y últimamente le enseñaban que no hay nobleza verdadera en donde no hay virtud, y que la vanidad de un antiguo linaje es insoportable cuando le afea la corrupcion de costumbres. Prestóse dócil el



S. PEDRO,
OBISPO DE OSMA.

santo mancebo á las santas instrucciones de sus padres, y como Dios le tenia prevenido con bendiciones de dulzura para hacerle vaso de eleccion en su Iglesia, dispuso que fuese su soberana gracia lo primero de que se llenase su corazon, para que conservase despues tan dulce sabor todos los dias de su vida. Llego Pedro á edad en que era necesario disponer de la carrera que habia de seguir. Su espíritu pronto, su genio vivo, su corazon dócil, y la instruccion correspondiente que hasta entonces le habian dado buenos maestros le habian puesto en estado de poder seguir con provecho y lucimiento tanto la carrera de las armas, como la de las letras. En aquel tiempo en que la guerra y el espíritu marcial llevaban la preferencia en todas las provincias del mundo, un furor desmedido habia enloquecido á los hombres hasta el punto de pretender la mútua destruccion, unas veces por añadir un rincon de tierra á sus posesiones antiguas, y otras haciendo que la religion sirviese de pretexto á su ambicion y á sus furoros. La gente noble era la materia mas bien dispuesta en que habia producido todo su efecto el fuego de la guerra. No habia noble que no se alistase en las banderas militares, y esto mismo fué la causa de que Pedro, á fuer de noble, emprendiese el mismo destino.

Siguió algunos años este peligroso ejercicio, juntando á un mismo tiempo las virtudes de soldado con las de discipulo de Jesucristo. El valor, la fidelidad, la intrepidez, todas las prendas que constituyen un buen soldado se hallaban en Pedro; pero sin faltarle por eso la rectitud de intencion, la devoción fervorosa, la abstraccion del mundo y un encendido amor de Dios y de sus prójimos, que salvaron su inocencia entre los escollos de las armas. Sin embargo de esto, conoció el prudente jóven que el haberse conservado sin detrimento hasta aquel punto era un verdadero

milagro de la gracia de Dios, y que no era justo seguir con temeridad un camino cubierto de peligros. Consideraba al mismo tiempo el destino que daría á su vida, no siendo posible vivir en este mundo sin elegir un estado constante en que aprovechar á sus prójimos y servir á los designios de la Providencia. Ilustró Dios su entendimiento para que conociera la vanidad de los bienes del mundo, y le dió la fortaleza necesaria para despreciarlos por su amor. Florecia á la sazón el instituto de san Benito en aquel fervor y observancia con que ha enriquecido á la Iglesia dándole tantos y tan ilustres varones, como la sirvieron con su santidad y con su doctrina. Determinó, pues, hacerse monje benito, y aunque su determinacion padeció todas las contradicciones que ponen el mundo y el demonio á los santos propósitos, su espíritu superior lo venció todo, vistiéndose el hábito en el monasterio Auriacense, uno de los de la Cluniacense reforma en Francia. Contento Pedro con el nuevo estado que habia elegido, comenzó á emplearse en todo género de virtudes, tanto que era un ejemplar verdadero de todas ellas, en que podian aprender fervor los monjes mas aventajados en la regular observancia. Allí permaneció algunos años, viviendo con la tranquilidad que habia apetecido, hasta que llegó el tiempo en que quiso Dios que sus virtudes pudiesen servir de mayor provecho, colocando á Pedro en un lugar eminente donde su ejemplo pudiese producir mas copiosos frutos.

Algunos dicen que Alfonso VI, rey de Castilla, que, al mismo tiempo que con su valor aterraba á los Moros, servía á la Iglesia con su zelo y su piedad, determinó reedificar el monasterio de Sahagun, destinándole para cabeza de todos los monasterios de España. Que, conociendo el prudente rey que la reedificacion no consistía tanto en la fábrica material del monaste-

rio, como en la formal de los individuos que habian de poblarle, solicitó que estos fuesen unos hombres consumados en virtud y en letras, capaces de difundir ambas cosas en todo su reino, y formar alumnos que las mantuviesen en lo sucesivo. Que con este intento, sabiendo que en el monasterio de Cluni habia sujetos capaces de llenar sus deseos y esperanzas, escribió al abad que le enviase algunos de toda su satisfaccion para plantificar aquella grande obra. Y últimamente, que, accediendo el abad á las humildes y justas súplicas del piadoso rey, le envió doce monjes, no menos célebres por su sabiduría, que por la santidad de sus costumbres, de los cuales fué uno Bernardo, que obtuvo despues con mucha gloria el arzobispado de Toledo, y otro nuestro santo, que habia sido su discípulo en la santidad y la doctrina. En la crónica general benedictina refiere Yepes este hecho de otra manera diversa. Dice, pues, que, volviendo de Roma el arzobispo Bernardo por Francia, eligió de diversos lugares varones virtuosos y literatos, y algunos jóvenes dóciles y de buenas costumbres, y los trajo á España, para aprovecharse de sus prendas y doctrina. Lo mismo refiere el arzobispo don Rodrigo, cuyo testimonio es sin duda de mucho peso. Como quiera que sea, san Pedro vino, segun algunos, al monasterio de Sahagun, en donde perseveró por algun tiempo, ejercitándose en la oracion, en vigiliass y ayunos, cumpliendo con las obligaciones de un perfecto sacerdote. Salia algunas veces del monasterio á predicar la palabra de Dios, pretendiendo con esto evitar el ocio y aprovechar á sus prójimos, encaminándolos por los senderos de salud. Su vida estaba tan adornada de todo género de virtudes, que sus mismos hermanos e predicaban digno de los mayores honores. Era suave y apacible en su trato; moderado en sus conversaciones, dotado de una elocuencia tan persuasiva,

que era imposible oírle sin quedar persuadidos de sus santas instrucciones y saludables consejos. Sus ayunos eran continuos, y no lo eran menos sus vigili-
 as; pero en lo que mas se señalaba era en la oracion y leccion espiritual, de donde sacaba los copiosos y dulces frutos que repartia despues sin envidia. Persuadido á que la unidad de espíritu y conformidad de costumbres es el muro fuerte que sostiene todo el edificio de la vida monástica, persuadia á sus religiosos á que viviesen en paz, unidos con el vínculo santo de la caridad. Hacia esto con tanta dulzura de palabras y con tan celestial elocuencia, que en su tiempo no pudo contaminar el monasterio el infernal monstruo de la discordia. Y como á la suavidad de su decir y á la solidez de sus razones daba tanta fuerza el ejemplo de sus costumbres, su magisterio lograba todos los frutos que apetecia su voluntad fervorosa. Venerábanle los monjes como á santo, y aplaudíanle como á sabio doctor; pero en medio de esto se humillaba delante de Dios, conociendo que todo bien y don perfecto descende del Padre de las luces. Tenia fija en su corazon aquella sentencia del Espíritu Santo, que dice: *Cuanto mayor fuere tu mérito, humíllate en todas las cosas, y hallarás gracia delante de Dios.* Esta celestial instruccion le nacia abatirse al ejercicio de los empleos mas humildes y comunes, sin pretender distincion respecto de sus hermanos; antes bien, reputándose por indigno siervo de los siervos de Jesucristo. A esto añadía la maceracion de su cuerpo, reduciéndole á la ley del espíritu con penitencias austeras, procurando seguir los pasos del que entre tormentos habia exhalado su espíritu en una cruz afrentosa.

Ya habia algun tiempo que el rey Alfonso conquistara la ciudad de Toledo, libertándola despues del prolongado sitio de tres años de la dominacion de los Moros. Inmediatamente pensó restablecer el órden

eclesiástico, restituyendo á aquella iglesia metropolitana todo el esplendor que antes habia gozado. Para este efecto nombró por arzobispo á Bernardo, hombre de gran capacidad, y muy á propósito para la ejecucion de grandes obras. Este sabio varon, que tenia todas las prendas necesarias para regentar áquella silla, dispuso llevar consigo sugetos aptos para poner en un estado de esplendor la iglesia de Toledo, que en poder de los Moros habia llegado á su total ruina. Eligió los hombres mas señalados en virtud y letras para proveer en ellos las dignidades eclesiásticas de mayor responsabilidad y trabajo, esperando con este medio volver á aquella iglesia todo el lustre que antes habia tenido. Entre los elegidos para este efecto fué uno san Pedro, á quien le confirió la dignidad de arcediano, bien satisfecho de que la desempeñaria á proporcion de las grandes virtudes y prendas que le adornaban.

Hecho arcediano, no aflojó un punto del riguroso tenor de vida que observaba en el monasterio. Rezaba diariamente el oficio largo y penoso que tienen obligacion de decir en el coro los monjes Cluniacenses. Su residencia ordinaria la hacia en la iglesia, no pudiendo su espíritu apartarse de aquel lugar santo en donde tenia depositado su tesoro. Cumplia exactamente las severas obligaciones de arcediano, ya tuviese que evacuar asuntos judiciales, ó emplearse en los delicados negocios á que le obligaba la caridad. Su vida era un continuo tejido de santos ejemplos tanto, que llegó á extenderse su fama de manera que el rey, el arzobispo, el clero y el pueblo hablaban con admiracion de sus portentosas virtudes. Cuande esta fama estaba en su mayor auge, fué libertada de la dominacion de los Moros la ciudad de Osma, en la cual, como en Toledo, pensó el rey en restaurar la eclesiástica gerarquía, construyendo la iglesia, pro-

veyéndola de pastor, y adornándola de sacerdotes dignos que pudiesen dar perfeccion á tan santa obra. Dudábase de un sugeto digno y capaz de regentar la silla de Osma, y de completar las piadosas miras que abrigaba el rey en su corazón. Consultólo con el arzobispo de Toledo, y de comun acuerdo pusieron los ojos en san Pedro, cuyas virtudes les aseguraban el cumplimiento feliz de sus deseos. Insinuaron al santo su determinacion; pero el humilde siervo de Dios, considerándose con fuerzas muy desiguales á la grande carga que querian poner sobre sus hombros, rehusó admitirla con todo su corazón. El arzobispo de Toledo, que conocia que tanto mas digno es un sugeto de obtener las dignidades eclesiásticas, cuanto mayor es su repugnancia en recibirlas cuando se le confieren, y menor el concepto que tiene formado de su insuficiencia, instó al santo, le rogó y le propuso que aquella era la voluntad de Dios, en cuya ejecucion se complacia tambien al rey, que tan generoso se mostraba á favor de la Iglesia. No pudo san Pedro resistir á tan poderosas razones; y así, consagrado por el arzobispo, tomó sobre sí la dignidad y carga episcopal, y lleno de fervor y santos deseos se partió para Osma.

Luego que llegó á esta ciudad, emprendió la reedificacion de la iglesia catedral que los Moros habian destruido hasta los cimientos. Sus diligencias fueron tales, que, habiendo juntado sumas considerables, ya de sus propias rentas, y ya de las limosnas de los fieles, en breve tiempo principió y acabó una fábrica suficiente para dar á Dios el debido culto. Colocado nuestro santo en esta sublime dignidad, y habiendo conseguido restaurar el templo del Dios de las alturas, se entregó perfectamente al cuidado de sus ovejas, sin olvidarse al mismo tiempo de la santificacion propia. Considerábase como una antorcha puesta sobre el candelero, ó como una ciudad fabricada sobre

la alta cima de un monte encumbrado, en donde debia servir de espejo de perfeccion para todos sus súbditos. Así se empleaba continuamente en la contemplacion de las cosas celestiales y divinos misterios, macerando al mismo tiempo su cuerpo con ayunos, con vigiliias y con un cilicio que traía á raiz de las carnes; enseñaba al pueblo con santas instrucciones, y cuidaba de que el clero se compusiese de sugetos beneméritos, respetables por su ciencia y sus costumbres. Los pobres, los enfermos y peregrinos eran el objeto principal de su tierna caridad. Socorrialos con abundantes limosnas, los asistia con la ternura de padre, y él por sí mismo los consolaba, practicando con ellos los oficios de humanidad y los esmeros de un prelado caritativo. Era manso y dulce de condicion para con todos aquellos que se hacian amables por la honestidad de sus costumbres. A los infelices que habian tenido la debilidad de cometer algun delito los corregia cariñosamente, pretendiendo lograr la enmienda mas bien que exacerbar sus heridas con la aspereza de sus reprensiones. Pero si tal vez encontraba reos que fuesen contumaces y obstinados en sus excesos, les aplicaba todo el rigor y severidad de las leyes, juzgando que la integridad de la justicia consistia tanto en la compasion con los penitentes y arrepentidos, como en la rigurosa severidad con los incorregibles y obstinados.

Una de las cosas en que se manifestó la fortaleza de este gran prelado fué la defensa acérrima que hizo de los derechos, bienes y pertenencias de su iglesia; no permitiendo que se violase su inmunidad, ni que se le usurpasen los bienes que le pertenecian de justicia. En esta materia nada habia que fuese capaz de arredrar su esforzado y zeloso corazón. Así logró que se restituyese á la Iglesia lo que le habian robado algunos poderosos, confiados temerariamente en su au-

toridad y sus riquezas; compeliéndolos con censuras eclesiásticas, cuando las persuaciones y los buenos modos no tenían efecto. De aquí le resultaron algunas furiosas persecuciones, que pusieron su vida en tan inminente peligro, que fué necesario que emplease Dios misericordiosamente sus milagros. A este propósito sucedió que en la misma ciudad de Osma había un caballero sumamente rico, y que al mismo tiempo seguía la milicia. Confiado en sus armas y en sus riquezas, atropellaba los derechos de los demás ciudadanos, usurpándoles sus bienes con una desmesurada avaricia. Pero en lo que mas se había cebado esta era en las posesiones eclesiásticas, de las cuales retenía muchas sin quererlas restituir. Amonestóle san Pedro, exhortóle con entrañas de caridad, y ejecutó con él todos los oficios de humanidad y política, para que, cediendo á la razon, restituyese á la Iglesia lo que era de ella. Negóse el sacrilego usurpador á las justas proposiciones del santo, el cual, viéndole contumaz y protervo, vibró contra él los temibles rayos de las censuras eclesiásticas. Esta determinacion irritó al caballero de manera que determinó quitarle la vida. Para ejecutar mas á su salvo este execrable delito, buscaba ocasion oportuna en que no pudiese defender al santo el pueblo que tanto le amaba. Sabiendo, pues, que san Pedro tenía que pasar al lugar de san Estéban á hacer la visita eclesiástica, pensó salirse al camino, y ejecutar sin contradiccion sus sacrilegas intenciones. Hizolo como lo había pensado; pero apenas alcanzó á ver al santo que iba por su camino á larga distancia, cuando, poseido repentinamente del demonio, comenzó á sentir tan terribles dolores, que quedó casi muerto, y en estado tan miserable, que tuvieron sus criados que llevarle con gran trabajo á casa. Conocieron los criados que aquel era un castigo visible de Dios, con que á un mismo tiempo defendía la

vida de su siervo y los derechos de su Esposa. Se fueron al santo; le refirieron lo que había sucedido; pidieronle humildemente ayudase á su amo con sus oraciones; lo cual ejecutado por san Pedro, alcanzó del cielo que aquel mal aconsejado caballero fuese libre de la cautividad del demonio.

Con iguales maravillas á la referida manifestó Dios en otras varias ocasiones la santidad de su siervo, y lo gratas que le eran las oraciones y suplicas de este santo prelado. Siguiendo la visita de su obispado, llegó á una aldea llamada Lagan á las riberas del Duero, acercóse al rio con el fin de lavarse las manos; y habiendo visto en él una extraordinaria multitud de pececillos que saltaban sobre las aguas, hizo sobre ellos la señal de la cruz con la punta del báculo, y les mandó que se acercasen á la orilla. Obedecieron los peces el precepto del siervo de Dios, quien, habiendo tomado uno, dió su bendición á los demás, dejándolos en el rio. Envio aquel pez á un enfermo de cuartanas, que apenas le gustó cuando inmediatamente se vió libre de su dolencia, dando gracias á Dios y al santo prelado con lagrimas en los ojos. En el lugar de Fresnelo hizo Dios por sus merecimientos otro portento, que permaneció largo tiempo despues para consuelo y beneficio de los moradores. Había el santo consagrado la iglesia, instruido á los fieles con sus paternales amonestaciones, y hecho todos los oficios de un verdadero pastor; pero el pueblo era tan infeliz y miserable, que, no habiendo habitacion donde el santo prelado pudiese recogerse con los suyos, se tuvo que retirar debajo de una encina cuyas ramas le sirvieron de albergue contra las inclemencias del tiempo. En este estado, sobrevino una penuria de aguatal, que ni los familiares del santo tenían con que apagar la sed que los atormentaba demasiado, ni él mismo con que lavarse las manos. Hizo

á Dios oracion; y de la misma encina bajó súbitamente tanta copia de agua, que bastó para todos, llegando las misericordias de Dios hasta el punto de hacer durar por mucho tiempo aquella agua milagrosa, que, bebida con fe, sirvió muchas veces de eficaz medicina contra las dolencias que padecian los habitantes de aquella comarca. Esta maravilla fué tan pública, que no quedó solamente encerrada en aquel estrecho recinto, sino que su fama se difundió por casi toda España, de manera que de todas partes solicitaban aquella agua saludable, que contenía en sí la virtud milagrosa que las oraciones del santo habian merecido del cielo.

Finalizada la visita, en la cual manifestó todas las virtudes de un tierno padre, de un solícito pastor y de un obispo perfecto, se retiró á su iglesia. Fuéle preciso despues pasar á Toledo, en donde encontró al rey Alfonso, su conquistador, gravemente enfermo. Asistió el bendito prelado á su muerte y funerales; y habiendo dejado ordenado el monarca que fuese trasladado su cuerpo al real monasterio de Sahagun que él habia edificado, san Pedro asistió á esta traslacion, que se hizo con la pompa y solemnidad que á las cenizas de un rey tan piadoso eran debidas. Concluido este negocio, determinaba volverse á su iglesia; pero quedaron frustrados sus intentos, habiendo sido acometido de la enfermedad que le ocasionó la muerte en el mismo acto de la celebracion de las honras del rey. Llegó sin embargo hasta Palencia, deseando con vivas ansias morir en el regazo de su esposa, por cuyo amor no dudó emprender aquel camino estando gravemente enfermo. Pero en Palencia se hicieron los síntomas de su dolencia tan funestos y peligrosos, que le fué necesario quedarse allí y desistir del viaje comenzado. En esta ciudad se alivió algun tanto con el esmero y diligencias caritativas de su obispo don

Pedro, el cual, conociendo cuánto importaba á la Iglesia la vida de aquel santo prelado, le procuró tales consuelos y medicinas que reparó algun tanto sus fuerzas. Pero pasados algunos días, conociendo el santo que se llegaba la hora de su dichoso tránsito, á pesar de todas las diligencias que practicaba su huésped, dijo al obispo de Palencia estas palabras. *Sabed, venerable hermano mio, que ha llegado ya la hora en que debo partir de esta vida á la inmortal gloria que, por los méritos de mi Señor Jesucristo, me está preparada; pido humildemente á tu caridad que cuide que este mi cuerpo sea llevado á la santa iglesia de Osma de la cual soy obispo, aunque indigno, para que en ella sea sepultado.* Dicho esto, cuidó de recibir los santos sacramentos, lo que hizo con muestras de tanta ternura, que los sollozos interrumpian sus palabras, y bañaban de lágrimas los rostros de los circunstantes. Dióles á todos su bendicion; y habiéndose despedido de ellos, clavó sus ojos en el cielo, y entregó su espíritu al Criador con aquella tranquilidad y dulzura con que mueren los justos. Sucedió su gloriosa muerte el día 2 de agosto del año 1109, hallándose presentes á ella el obispo de Palencia, el de Segovia y el de Zamora. Su venerable cadáver fué trasladado á la iglesia de Osma con aquella pompa y aparato que eran debidos á la gran fama de santidad que tenia. Colocóse en un sepulcro decente en la misma catedral; hasta que los continuos milagros con que Dios hacia glorioso el sepulcro de su siervo, dieron motivo á que fuese trasladado á una capilla que erigieron los canónigos en honor suyo, en donde es venerado de todos los fieles, que por su intercesion reciben continuas mercedes del cielo.